

Sólo se domina la naturaleza secundándola. Educar a un niño es tener en cuenta sus condiciones naturales, para cultivarlas y no para ahogarlas.

No hay motivo para desesperarse si un niño no es tan ordenado y obediente como se desearía. Al contrario, habría que inquietarse si el chico se comportase como un viejecito razonable y meticuloso.

Vivimos una gran crisis de obediencia o quizás de autoridad. Más que crisis: habría que decir que la autoridad está en quiebra. Ya no se sabe obedecer, pero los que mandan tampoco saben hacerse obedecer.

Esta dificultad se vive muy sensiblemente en el ambiente familiar, con los pequeños, pero sobre todo con los adolescentes. El clima no es de obediencia. Y todos sabemos que los niños son muy sensibles al ambiente. En un país en el que exista un orden jerárquico, a los chicos no se les ocurrirá la idea de desobedecer; por el contrario, en un país desordenado, no admitirán el ser excepción obedeciendo.

¿Hay que abandonar por ello la partida, "aflojar las riendas"...? No, puesto que la obediencia tiene un valor educativo irremplazable. Aquel que no ha tenido jamás que ceder,

que someterse, no es verdaderamente un hombre.

### "nuestros principios"

En términos generales, se puede clasificar a la gente en dos categorías, según su temperamento: unos (llamémosles "de derechas") hombres de orden y grandes principios, someten el individuo al bien común. Dirigen de buena gana y no tienen dificultad en obedecer. Para ellos, la Sociedad, el Estado, la Iglesia deben tener siempre la última palabra. Los otros (los "de izquierdas") hacen valer los derechos del hombre, la soberanía de la persona humana. Son dos conceptos opuestos de la moral e incluso de la religión.

Para los primeros, la moral es obedecer a Dios, Creador y Maestro, que tiene todos los derechos sobre nosotros: nos ha impuesto Su Ley y nos ha impuesto unos jefes religiosos. Para los otros, la moral consiste en que el hombre desarrolle al máximo su personalidad, puesto que se le ha concedido la gracia para ello: mejor que obedecer por amor, es necesario inventar, crear de nuevo.

Como quiera que sea, nuestros hijos, salvo excepciones, no poseen una mística "de derechas", sino un temperamento "de izquierdas"; no sienten la menor admiración por la sumisión, incluso la heroica. Sin embargo, es necesario que aprendan a obedecer. Y somos nosotros los que tenemos que enseñárselo, inculcarles el gusto por la obediencia.

¿Es esto posible? ¿Cómo? Dando a la autoridad la forma que conviene a cada edad. No se domina a una niña de 14 años como a una pequeña de 5, evidentemente. Pero, de hecho, ¿se conduce todo el mundo de acuerdo con esta evidencia?

### **adiestramiento... para empezar**

La maduración de la personalidad de un niño comienza con un período de adiestramiento, de "doma". Es preciso ordenar toda una serie de reflejos muy naturales: aseo, buenos modales, pudor... Más tarde, cortesía. Pero tan pronto como los niños son suficientemente conscientes, hay que conseguir de ellos una sumisión afectuosa a la autoridad.

Por otra parte, ya desde el principio de este período de adiestramiento no hay únicamente reflejo condicionado, sino que la madre consigue mucho por afecto, por apego del niño. De ahí nace la obediencia por prestigio. Por cariño, por admiración, la voluntad del niño se adapta a la del educador como una enredadera sobre un muro. ¡El éxito que supone una obediencia incondicional, total al que se ama o, simplemente, se admira! Eso se observa en ciertos niños, ya sea por la personalidad del padre, de los educadores o del medio ambiente en que viven. Lo mismo ocurre en los colegios bien organizados, donde reina un buen espíritu: es casi imposible desobedecer gravemente.

### **¿es usted una madre dominante?**

He hablado del padre... Pero cuántas madres son también "jefes indiscutibles" (¡Bello ideal!) Si usted no es uno de esos "jefes", no se aflija. Sus hijos se libran de un terrible peligro: el de una personalidad demasiado dominante que ahoga las jóvenes plantas que se hallan a su alrededor. Porque hacerse obedecer con la "espontaneidad" del soldado

—molido por el ejercicio— no es educar. Educar es enseñar al niño a conducirse solo; y hacerse obedecer no es, forzosamente, enseñarle a obedecer.

Por otra parte, los padres, no están siempre "en la brecha" ¿Qué harán, entonces, esos seres "decapitados"? Quizá tendrán que obedecer a los que no saben mandar y que, sin embargo, representan a la autoridad.

### **cuando llega la "edad ye-yé"**

Pero, incluso después de una obediencia afectuosa y total, puede haber crisis de ella en el momento de la adolescencia. Por eso es conveniente, antes de esta edad, enseñar a obedecer, inculcar en los niños el gusto por la obediencia, por la disciplina; el gusto de obedecer porque han decidido, LIBREMEN-



TE, obedecer. Es ahí donde está la dificultad y el secreto. Es preciso hacerles comprender que la obediencia no significa una abdicación de su personalidad, sino, al contrario, un medio indispensable para formar esa personalidad.

Es una tarea difícil, pero no la considero utópica. Es necesario comprender desde muy pequeño que obedecer es liberarse. En efecto, es la obediencia lo que forma mejor la voluntad, la autonomía. El niño, el adolescente se revela contra ciertas normas; y es preciso convencerle de que estas normas no son los peores adversarios de su libertad.

El obedece, sin saberlo, a unas presiones: en primer lugar, a la moda (moda del vestido, lecturas, formas de hablar, música, baile...). No es una autoridad oficial, pero ordena imperiosamente; mucho más imperiosamente que los padres. Sin embargo, no se tiene la menor intención de desautorizar. Sus armas son terribles: la burla, el ridículo... Pero el chico se siente libre, aun cuando la obedece. Obedecer, sí, pero sin advertirlo.

### "su pandilla le domina"

Otra presión: el "clan". Es raro que un individuo se rebelde contra la sociedad por su propio impulso. La personalidad naciente no



es siempre capaz de inventar sola, de oponerse; pero es capaz de desligarse de ciertas normas por las que se siente ligada a un determinado grupo. A menudo, es una rebeldía inconsciente, pero tanto más apremiante cuan-

to más inconsciente. No se tiene conciencia de rebeldía: es la obediencia pasiva a la autoridad, a la presión.

Existen, por fin, las cadenas interiores, los vínculos. Nuestra naturaleza misma con su temperamento, su carácter, nuestras costumbres, las pasiones nacientes, los defectos. Se puede cultivar, podar, pero el "esqueleto" de nuestra alma es definitivo.

Es preciso, pues, hacer comprender a los adolescentes que las normas que les imponemos son benignas, al lado de estas presiones —que proceden del exterior— y de las tiranías de la naturaleza que vienen del interior; y que el acto de voluntad por el cual eligen entre unas y otras (con frecuencia en pugna) es una liberación.

Pero, prácticamente, ¿cómo hacer? No hay espacio para desarrollar aquí "el arte de mandar". Me limitaré, por tanto, a dar algunos consejos prácticos.

### mandar poco y bien

El adiestramiento e incluso la autoridad afectuosa deben dejar lugar, lo antes posible, a la iniciativa del niño; pero, al mismo tiempo, la autoridad debe situarlo en unas buenas condiciones para que su actividad se despliegue sin grandes peligros. Es necesario, pues, reservar las órdenes de importancia en el ejercicio de la autoridad. La orden formal, sin posibilidad de desobediencia, será reservada para lo que es grave: pecado u ocasión de pecado, prohibición de un juego inmoral, de hurto, etc. Un padre puede prohibir que se toque a un motor eléctrico o a una sierra mecánica. Toda infracción será gravemente castigada, incluso —y sobre todo— si no ha habido accidente. Es necesario que el niño sepa que hay cosas que no se hacen. Pero estas órdenes formales deben darse de tarde en tarde.

En la vida corriente hay que evitar, en lo posible, las órdenes terminantes, para no echar a perder la autoridad. "¡Niños, a la mesa!" "¡No te hagas el remolón y quitate el abrigo!"... Sería una lástima comprometer la autoridad por culpa de un jersey o de unos zapatos manchados de barro; sin embargo, este es el peligro que amenaza a todas las madres de familia, quizá porque muchas no tienen bastante flexibilidad para mandar.

## ¡un día entero sin reñir!

Dejad, pues, al padre el papel de "justiciero". Para él, "la cólera"; para vosotras, la paciencia y el consejo. Vuestras jornadas habrán sido buenas cuando hayáis conseguido dirigir vuestra casa sin dar ninguna orden, sin hacer un reproche. Pensad en ello por la mañana, durante vuestras oraciones, y a lo largo del día. Sabed cerrar los ojos dos veces, tres veces ante la misma falta, esperando la ocasión de corregirla a la cuarta, sin explosiones de cólera, sin alborotos.

Sed minuciosas, pero no reparéis en detalles insignificantes; exigentes, pero sólo en la observancia de las normas importantes. En



las cosas graves, la autoridad que obliga; en los menudos detalles cotidianos, la bondad, la sencillez, el aliento... Una simple llamada al orden, una invitación, una frase en tono de broma. No todo resultará siempre perfecto. No importa. Usted no es el comandante de un navío pasando revista a su dotación, sino una educadora.

Es una tarea muy difícil, ya lo sé: la fatiga, el nerviosismo... Está usted agobiada de trabajo y no siempre se pueden dominar los nervios. Los principios son simples: toda la dificultad está en la ejecución. Sin embargo, estos principios hay que tenerlos siempre presentes.

## libertad e iniciativa

Lo más pronto posible, igualmente, hay que inculcar en el niño el gusto por la libertad, por la libre decisión; enseñarle antes de la adolescencia a decidirse él mismo, a escoger. El juego: ahí tenéis un campo en el que su iniciativa se manifestará libremente. Siempre existirá el riesgo de que haga tonterías; pero él mismo llegará a darse cuenta de ello.

Dejadles, también, la iniciativa fuera del juego: los regalos, el arreglo de su habitación, el empleo de sus pequeños ahorros...; pero sobre todo, en el dominio espiritual. Ahí sabréis sugerir, dar ejemplo, hacerles vivir en un clima de caridad. No es necesario encontrar muchas ocasiones, sino ocasiones bien elegidas, bien preparadas; que contarán en su vida, de las que se acordarán.

Por otra parte, para preparar a nuestros hijos a tomar grandes decisiones, no es necesario proponerles continuamente actos libres (nuestra vida misma, ¿admite tantos actos verdaderamente libres?), sino sólo algunos actos que serán suficientes para mostrar los progresos que va haciendo su naciente personalidad.

## que les salga de dentro

Sabed hacerles conscientes de las presiones que se ejercen sobre ellos, pero sin intentar ponerles directamente en guardia. Enseñadles a juzgar y procurad conseguir de ellos una sumisión voluntaria a la autoridad. Hay que hacerles valer el amor más que el temor; un homenaje a Dios más que una sumisión a la autoridad "porque es autoridad". Esto debería ser perfectamente eficaz.

Es necesario que la sumisión proceda del corazón, y esto será facilitado por el ambiente familiar, por un clima de lealtad, pues sólo cuenta el valor del ejemplo. ¿Cómo van a obedecer los niños una orden si su padre no la cumple?

Insisto en que los padres deben hacer un examen de conciencia y preguntarse: ¿Cómo obedecemos nosotros? Porque todos tenemos que obedecer. Y nos resulta tan difícil como a los niños; incluso más, porque nuestros problemas suelen ser mucho más graves.

JACQUES DOUILLET

"Pédagogie".—Rue Louis David.—Paris